

NTA. SRA. DE PLACENCIA

Fr. Pedro de Anasagasti

Placencia es el milagro de un río, que movió sus molinos, vivificó sus herrerías y coadunó junto a sus aguas a una población guerrera y fabricante de armas. Placencia es la misma columna vertebral del legendario valle de Léniz que busca su salida al mar. De Léniz a Soraluze de Placencia hay una misma ruta de guerras y piedades, en el nacimiento de la historia del País Vasco. Probablemente había nacido la ermita de Esocia cuando, en el siglo XI, toda esta inmensa torrentera pasaba a jurisdicción de la diócesis de Calahorra.

Anteriormente (febrero 1970) historiamos la imagen mariana que actualmente se venera en el templo de Esocia. Mas, según los más genuinos historiadores de nuestros días, la primitiva imagen del vetusto santuario es la que hoy se halla en la sacristía de la iglesia parroquial, y que va a constituir el objeto de nuestra fotografía y de nuestro comentario.

El pasionista Javier Gallastegui afirma que *"muy posiblemente la misma que ahora se venera en la Sacristía de la Iglesia Parroquial de nuestra Villa"* es la primitiva de Esocia, cuya talla la sitúa por el año 1200. Jesús Leturiondo afirma, sin dudas, *"Irudi au Ezozi'ko Andra Mari? Bai, esango genioke zalantzarik gabe. Oraingo irudia, zutikoa, ez da Ezoziko lehenbiziko denboretakoa"*. Y se une al P. Lizarralde para situar su talla en el siglo XV (pero el P. Lizarralde se refiere, no a la de la sacristía, sino a la actual de la ermita, cuya fotografía reproduce).

Sea o no la antigua titular de la ermita de Esocia, es de mucho valor iconográfico la imagen de la sacristía de Placencia. La sencillez de sus formas, el arcaísmo de sus prendas y el sabor primitivo de su composición revelan su vejez. Semeja la obra cumbre de un buen artista artesano que, con escuetas formas, da vida a una composición de maneras bizantinas.

La madre está dotada de un rostro campesino, de ojos muy abiertos y boca pequeñísima con los labios muy pronunciados y la barbilla destacada. Cuello grueso sin tornear. Mirada perdida en el alto horizonte. Sencilla túnica marrón, con ribetes dorados en el cuello y en la cintura, sin que destaque la anatomía femenina. El manto, azul oscuro, porta una flor. Una manteleta oscura hace marco adecuado al cabello. Solo el lujo de un dije dorado sobre el pecho.

El Niño es un acierto de composición y de síntesis. Sentado, con los pies cruzados, mira con fijeza al visitante. Es un Maestro que recuerda los iconos bizantinos: serio, mayestático, abstraído; tiene en su izquierda un libro, mientras levanta la derecha en actitud docente. Su túnica granate sigue con exactitud los perfiles de su organismo, tan bien destacado. Contrasta con su cuerpecillo la gigantesca mano izquierda de su Madre que le aferra del hombro. Ojos saltones y nariz exageradamente grande como en su Madre.

Si, vista de perfil, María se espiritualiza en su expresión, se desprende de su aire de campesina, en cambio, destaca más la tosquedad de sus manos agrandadas por la labor.